

Hermenéutica, sociedad y objetividad científica

Hermeneutics, society and scientific objectivity

DIANA ALCALÁ MENDIZÁBAL

FACULTAD DE FILOSOFÍA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

E-mail: dianaalcala@netscape.net

DOI: <https://doi.org/10.24197/st.2.2017.13-24>

RECIBIDO: 24/01/2017

ACEPTADO: 01/03/2017

Resumen: El presente artículo propone la hermenéutica, más concretamente la hermenéutica analógica de Beuchot, como camino para hallar la verdad. Con este fin, se realiza un recorrido a través del racionalismo occidental y el equivocismo contemporáneo, para proponer una interpretación de la realidad equilibrada y prudente. Es en este punto intermedio donde radica un panorama amplio de verdad, que evita ver esta como un corresponder unívocamente a un estado de cosas o a un hecho, sino como apertura a un mundo múltívoco. La experiencia hermenéutica nos lleva así a una comprensión más clara, tanto en las ciencias humanas como en las exactas.

Palabras clave: Hermenéutica analógica, verdad, objetividad, ciencia.

Abstract: The present article proposes the hermeneutics, more concretely analogical hermeneutics of Beuchot, as way to find the truth. To this end, a journey is made through Western rationalism and contemporary equivocism, to propose a balanced and prudent interpretation of reality. In this intermediate point is where place a broad panorama of truth, which avoids seeing this one as a univocal correspondence to a state of things or one fact, but as an opening to a multiple world. The hermeneutics experience thus leads us to a clearer understanding, both in the human sciences and in exact sciences.

Keywords: Analogic hermeneutics, truth, objectivity, science.

1. CIENCIA Y VERDAD

La ciencia ha pretendido llegar a la verdad. Esta cuestión se vuelve sumamente cuestionable: ¿qué es la verdad?, ¿es posible la verdad?, ¿hay una sola verdad?, ¿existen varias interpretaciones que son verdaderas? etc. La hermenéutica, como arte de la interpretación, debe dar pistas de cómo abordar el problema de la objetividad en la ciencia y si es posible llegar a la verdad científica.

Para que exista la verdad y la certeza debe haber objetividad; ésta es en realidad una interpretación de la realidad que se está estudiando, lo que significa que toda investigación científica implica una interpretación de la naturaleza. Surge entonces otro problema: ¿qué es la realidad?; ¿de qué realidad estamos hablando cuando se dice que esto es verdadero o cuando la ciencia dice que eso es verdadero?; ¿la realidad es una percepción individual del mundo? o ¿la realidad es una construcción social?; ¿la interpretación que se está dando de la realidad o de la naturaleza es la correcta?

Existe indudablemente un estrecho y complejo problema epistemológico entre la objetividad y la subjetividad. Este se inserta también en la hermenéutica, justamente porque en el fondo existe una relación interpretativa de la concepción de la naturaleza. Esto es, dependiendo de la lente con la que se vea la realidad se establecerá la visión; dependiendo de cómo vea la naturaleza el científico la va a explicar a través de sus teorías. Concretamente, si el científico es de alguna manera incrédulo o dudoso, entonces su visión de la realidad estará guiada por el escepticismo; de igual manera, si el científico concibe en su mente que todo es posible, tal vez su interpretación de la realidad se vea mediada por el relativismo, ya que para él toda interpretación es verdadera. O tal vez el científico realmente crea que es el único experto en el tema, entonces su interpretación de la realidad será muy dogmática, tendería a ser muy unívoca. En fin, es fundamental observar que el vínculo entre lo objetivo y lo subjetivo se ve mediado por el contexto del investigador. Esto significa que cuando él investiga, no ve la realidad tal cual es, o sea objetivamente; ve la realidad a través de su contexto de conocimiento, a través de su formación académica, a través de sus teorías predilectas, a través de lo que está en boga, a través de sus sentimientos y también de su imaginación. La interpretación de la realidad se vuelve muy subjetiva y, en este sentido, la hermenéutica deja de tener objetividad y verdad científica, pierde su carácter de teoría universal.

Precisamente lo que le ha dado el carácter de válida y universal a la ciencia es su objetividad, es la certeza total de que lo que se está interpretando de la realidad o la naturaleza es exactamente lo que es. En la época moderna, René Descartes le dio ese carácter de verdad a la ciencia, destruyendo toda la especulación de la imaginación y de la subjetividad, postulando la certeza y la

verdad a través del cálculo matemático. Justamente los números y las operaciones del cálculo tienen la precisión y la exactitud que se requieren para llegar a la certeza de las interpretaciones en la ciencia. Desde esta perspectiva, lo único real y verdadero es el cálculo matemático, la física, la óptica, la astronomía; ciencias exactas que a través de su instrumento perfecto y exacto se logra la comprensión de los fenómenos de la naturaleza.

Es el racionalismo la lente que le permitió a los filósofos y a los científicos explicar los fenómenos naturales y sus leyes, la metodología cartesiana implicaba un nuevo método del pensar, que diera explicación objetiva y racional a los fenómenos, fue la confianza en la razón matemática lo que le permitió a Descartes dudar de todo menos de que dudaba. Esto le permitió percatarse de la existencia de la mente y de la racionalidad como fundamento ontológico del ser humano. De esta manera surge la metafísica cartesiana, que es la expresión de una nueva teoría de las ideas y una nueva concepción del mundo y funcionamiento del universo apoyada en el mecanicismo.

La filosofía entonces se convierte en la época moderna en un saber científico, evitando a toda costa las interpretaciones subjetivas de la realidad y las explicaciones teológicas y religiosas que prevalecieron en la Edad Media. El dogma y la imaginación como fundamento de la realidad quedaron atrás, y todo se fundamentó a través del método cartesiano: la certeza matemática y la ciencia segura. Por otro lado,

“los contemporáneos de Descartes también confiaban plenamente en el poder de la racionalidad matemática para conocer la realidad; entre ellos, Galileo, quien aseguraba que la naturaleza estaba escrita en el lenguaje de las matemáticas, Leibniz, quien tuvo que elaborar toda una filosofía de las matemáticas, que ha llegado hasta nuestros días, y también Spinoza, quien pretendía ordenar geoméricamente la razón ética” (Hernández y Salgado, 2010: 5)

El principio de matematización de la investigación filosófica y científica cartesiano y luego establecido en toda la época moderna consistía en la evidencia, el análisis, la deducción y la comprobación. Esta forma de concebir el método científico implica una objetividad completa basada en la evidencia, ya que ésta se considera como tal si la verdad se ve clara y distintamente. Esto sólo se puede lograr a través del cálculo matemático, método racional que es sumamente abstracto y universal.

La certeza científica se establece en la correspondencia entre el lenguaje y la realidad; la razón es el método adecuado, según Descartes, para llegar a esa correspondencia y a esa certeza. Para los racionalistas, los sentidos no llevan al ser humano a una correspondencia clara y distinta, ya que éstos pueden no ser perfectos, pueden ser erróneos y fallar, son muy subjetivos. Hubo innumerables

pugnas entre racionalistas y empiristas, quienes intentaron defender los sentidos como fuente de conocimiento. Actualmente este debate ha tornado en la famosa confrontación entre internalistas y externalistas.

Triunfa el racionalismo cuando se logra apartar a los sentidos y a la imaginación del plano de la verdad y la certeza. Es tarea de la razón y el entendimiento la construcción de la ciencia nueva y del conocimiento humano. La verdad indubitable del *cogito* cartesiano será el primer principio de la filosofía y de la ciencia.

El nuevo esquema de comprensión de la realidad que llevó a cabo Descartes fue el mecanicismo, y dejó atrás las concepciones propias del geocentrismo y del teocentrismo. La naturaleza en su totalidad, junto con el ser humano, fueron concebidos como máquinas con un funcionamiento automático, sometido a leyes estrictamente mecánicas. Las ciencias matemáticas y físicas tuvieron gran desarrollo a partir de este siglo.

La física cartesiana no aceptaba la idea de vacío, concebía al universo en su totalidad como una estructura mecánica llena de materia. Tampoco aceptaba la indivisibilidad de la materia. Por esta concepción tan cerrada del universo, el propio Descartes tuvo problemas para explicar el movimiento y hubo de recurrir a la idea de Dios para entenderlo. Esta manera de ver y explicar el mundo y la realidad a partir de la razón llevó a los filósofos y científicos a construir una noción de mundo positivista. Es David Hume (1711-1775) quien utiliza propiamente conceptos positivistas para concebir la realidad a partir de lo objetivo y con certeza científico-matemática.

Este método científico llamado positivista se aplicó también a las ciencias humanas y sociales. En el positivismo se concede la supremacía del método como instrumento cognoscitivo de la realidad completa, tanto de los saberes científicos como de los humanos. Por este motivo, la la época positivista se caracteriza de un optimismo general por el progreso imparable, que avanza hacia las condiciones de bienestar generalizado. Aunque habría que analizar en qué consistió y sigue consistiendo la noción de progreso y de bienestar: en esta idea se entremezcla el consumismo y el capitalismo, lo que ha llevado a la humanidad por entero a la lucha por el dinero, el poder y el estatus social.

El positivismo tuvo como rasgo fundamental la confianza en la ciencia y en la racionalidad científica humana. Sin embargo, algunos autores hicieron una fuerte crítica a esta visión del mundo, que en fondo ha llevado a la humanidad a tener una postura reductiva, ya que no es más que la ideología de la burguesía. A principios del siglo XX, algunos filósofos interesados en la evolución de la ciencia moderna rechazaron las ideas positivistas tradicionales y resaltaron el papel de la comprobación científica. Ellos fueron los positivistas lógicos, como Ludwig Wittgenstein y Bertrand Russell.

El positivismo de Comte no admitía como válidos los conocimientos si no proceden de las ciencias empíricas, en donde el papel de la observación jugó una

relevancia fundamental. Por esta razón, el positivismo asume que sólo las ciencias empíricas son fuente de conocimiento, la fundamentación epistemológica implícita en esta manera de explicar la realidad supone que ésta está dada y que ésta puede ser conocida. Así, el sujeto puede conocer la realidad con el método correcto, y éste es el científico. Y ambas, tanto las ciencias naturales como las sociales pueden valerse del mismo método para conocer la verdad. Los positivistas buscan los hechos o causas de los fenómenos sociales con independencia de los estados subjetivos de los individuos. Dominaba el optimismo racionalista y se pensó que el ser humano aprovecharía el desarrollo científico para el beneficio de la humanidad.

A partir de principios del siglo XX, el tejido social en Europa se hizo más complejo, la tensión de las clases medias y la importancia de los grupos obreros y las organizaciones sindicales produjeron una diversificación de los ámbitos jurídicos, lo que contribuyó a la crisis del positivismo clásico y a la ruptura del monismo metodológico que venía dominando. Este hecho coincidió con la crisis del modelo empirista de ciencia, motivada por el nacimiento del giro lingüístico de la filosofía occidental.

Ahora el problema central en la epistemología era desentrañar la relación que hay entre el pensamiento y la realidad; se trata en esta etapa de llegar a la verificación del método científico y del método hipotético deductivo. Por esto, Popper afirma que el sendero de la ciencia no va de lo empírico a lo abstracto, sino de la hipótesis a la experiencia.

El fracaso del positivismo se caracterizó por la imposibilidad evidente de la incapacidad de reducir la investigación científica a una simple lógica. Además, no podía reducir la observación a una lógica y despojarla de lo subjetivo del observador, cuestionando precisamente la objetividad del conocimiento. El método hipotético deductivo ya no parecía un método tan seguro de obtención de la verdad, ya que siempre se entremezclan la subjetividad, los valores, la ideología, la cultura, la historia etc.

“Reconocer la presencia de lo subjetivo en el proceso de investigación científica implica diversos niveles. Por un lado, todo el campo de los valores del investigador, los que consciente o inconscientemente influyen en la toma de decisiones cuando la lógica se muestra incapaz de guiarlas por ella sola. Por otro, el reconocimiento de que estos valores no sólo son individuales, sino sociales, y que históricamente cambian y determinan no sólo los problemas a investigar sino ópticas de análisis, preferencias paradigmáticas y soluciones del sentido común que siempre se entremezclan con la lógica de la investigación. Pero fundamentalmente, el reconocimiento de lo subjetivo en los procesos sociales implica que dichos procesos no están unívocamente determinados por lo objetivo que escapa a la voluntad de los sujetos, sino que el movimiento histórico resulta de la articulación entre objetividad y voluntad. Lo anterior debe conducir a una

reformulación del concepto de ley social, al abandono del determinismo objetivista incluso en su forma probabilística” (De la Garza, 1988: 16).

Por otra parte, Kuhn, en su obra *La estructura de las revoluciones científicas*, elabora una teoría totalmente nueva y distinta a la de los positivistas lógicos. Su teoría postula que la historia de la ciencia se encuentra marcada por largos periodos de refinamiento estable, que denomina “Ciencia normal” y que suelen ser interrumpidos por cambios bruscos de una teoría con otras teorías sin posibilidad de comunicación entre ellas. A estas bruscas interrupciones Kuhn las llama “revoluciones científicas”. Se dan confirmaciones en las teorías o llamados “paradigmas” dominantes en los periodos de ciencia normal.

Los paradigmas son nuevas formas aceptadas de mirar el universo que permiten a los científicos resolver problemas en las ciencias. Además son considerados modelos de explicación de la realidad y de la investigación. La novedad de esta teoría es el reconocimiento de la realidad social cambiante y la imposibilidad de que un paradigma permanezca eternamente como modelo explicativo de la realidad. Por tanto, Kuhn concibe la crisis y muerte de los paradigmas y el nacimiento de otros nuevos modelos explicativos, lo que otorga al conocimiento y a la ciencia un carácter evolutivo de crecimiento.

También surgió en Europa un movimiento en contra del racionalismo que exalta el papel de los sentimientos y de la imaginación como fuentes de conocimiento y de verdad. Éste es el romanticismo, movimiento originado en Alemania e Inglaterra en el siglo XVIII, que posteriormente se extiende por todo el continente. El proyecto de la Ilustración en decadencia y el nuevo modelo romántico intentó expandir las formas del conocer abarcando no sólo a la razón, sino a las otras facultades humanas que contemplan también la sensibilidad. El romántico intentó conocer la realidad desde otras dimensiones que posibilitaran al ser humano del gozo pleno de la libertad creadora, la igualdad, los valores, los sentimientos y el amor. Todos ellos aspectos muy subjetivos que el racionalismo rechazó como fuente de verdad. El romanticismo intentó equilibrar el panorama del conocimiento tejiendo un puente entre la sensibilidad y la razón, entre lo interior y lo exterior. Proponía la inclusión del sujeto en el ámbito estrictamente formal, universal y objetivo.

Al poner la atención en el sujeto, se estableció un vínculo necesario e indisoluble para la epistemología: razón y experiencia. Con ello, la filosofía adquirió un sentido antropológico y epistemológico que consideraba la experiencia del sujeto. Éste es el contexto humanista que los románticos construyen en su discurso, dándole cabida a la resolución de problemas más humanos, más subjetivos, a los que la razón ilustrada y el positivismo racional ya no podían responder.

El sentimiento, el simbolismo y la imaginación son elementos humanos que nos mueven y nos conmueven desde la interioridad y nos impulsan o frenan en

el actuar mismo de la existencia. El arte en todas sus manifestaciones pudo salvaguardar estos elementos para evocar, contemplar, intuir, reproducir y crear a través de la sensibilidad, el entendimiento y la creatividad.

El romanticismo de alguna manera equilibra la desmesura de la razón ilustrada, pero enfrenta al individuo a la reflexión de sí mismo, a la búsqueda de la verdad interior, al permiso de sacar todo lo que se trae guardado y el conocimiento de lo más subjetivo y recóndito, que por cierto algunos llamaron “lo demoníaco”. Sin embargo fueron algunos filósofos, los denominados “de la sospecha” (Marx, Nietzsche y Freud, y posteriormente Paul Ricoeur), quienes se percataron de la urgente necesidad del conocimiento de sí, de la conciencia y de la redefinición de las nociones del bien y el mal en el ámbito moral y la ética.

En este contexto es en el que nace la reflexión hermenéutica, en un ámbito en donde infinidad de elementos humanos interiores y exteriores reclaman claridad, comprensión y entendimiento. Hay una valoración por el desciframiento del nuevo paradigma de la realidad que debe ser pensado y sentido, para darle cauce al conocimiento humano y de la naturaleza. Este lleva implícito un sentido de vida. La hermenéutica dota entonces de la posibilidad de una nueva interpretación de la realidad, a partir de los supuestos de la época y los paradigmas tanto científicos como humanísticos.

“Los ilustrados buscaron la verdad en la meridiana claridad de la razón donde le encontrarían un carácter universal y objetivo; mientras que para los románticos la verdad podría emerger también del reino de la sombra que constituye la otra cara de nosotros mismos, esta parte de la realidad se presenta a través de los símbolos, y para entender los símbolos, como lo vio Paul Ricoeur, sólo es posible en el contexto de la interpretación, de la hermenéutica” (Yegres Mago, 2015: 32).

La hermenéutica, entonces, será la encargada de explorar y analizar el verdadero sentido de lo que se quiere conocer. La hermenéutica es una disciplina filosófica que tiene como base la epistemología. La realidad vista a través de los ojos humanos se vuelca descifrable en el sentido de que todo puede ser interpretado gracias a su polisemia. Esto significa que en la modernidad y la posmodernidad ya no hay una sola verdad, hay muchas verdades y éstas son cuestionadas, porque afirmar la multiplicidad de la verdad es llegar al equivocismo, del que nos habla el filósofo mexicano Mauricio Beuchot. Como este autor afirma, “necesitamos una hermenéutica que vaya más allá de los univocismos positivistas y de los equivocismos posmodernistas, para que nos lleve a un terreno más fecundo.” (Beuchot, 2014: 13)

2.- HERMENÉUTICA ANALÓGICA

La hermenéutica entre otras cosas lleva al investigador o científico a establecer con claridad los límites de la interpretación para que ésta no se desborde en su verdadero sentido.

En esta aventura de la comprensión se han propuesto diversas teorías que, justo porque se mueven en un terreno pantanoso, se caen y se separan, llegando a concebirse como polarizadas mutuamente. Aceptar posiciones extremas es seguir deambulando por un camino muy oscuro, confuso y sin rumbo. Este camino, lejos de llevarnos a la comprensión de los problemas filosóficos, nos lleva a un mar de sin razón. A navegar por un terreno con una terrible niebla y a no tener una dirección.

El racionalismo occidental unívoco posterior a la Ilustración y el equivocismo contemporáneo nos han llevado al extremo de la incompreensión. La tarea hermenéutica ahora se ha vuelto urgente. La propuesta filosófica de Mauricio Beuchot ilumina el espacio confuso y lleno de niebla, para resaltar precisamente la necesidad de tener claridad para llegar a la comprensión y evitar esos extremos a los que se ha llegado en la filosofía. Así, la hermenéutica analógica propuesta por Beuchot apuesta por no irse a los extremos que él denomina interpretativos e intentar, por medio de la analogía, ir haciendo una construcción de sentido a partir de lo semejante, pero resaltando también lo diferente.

Este planteamiento hermenéutico-filosófico brota justamente desde los problemas del lenguaje, y se aplica muy bien a todos los ámbitos o áreas de la filosofía que, de alguna manera, deambulan en este problemático penduleo del univocismo y el equivocismo cuando se trata de encontrar la verdad. Así, la hermenéutica analógica propuesta por Beuchot se inserta adecuadamente en todos los terrenos en donde se quiere lograr la comprensión, ya sea de textos, símbolos, metáforas, alegorías y fábulas. Querer desentrañar todas estas figuras retóricas requiere de un complejo trabajo interpretativo, que nos lleva a disquisiciones del lenguaje, epistemológicas, éticas, ontológicas y, porqué no, teológicas.

La hermenéutica analógica ha aclarado el panorama interpretativo y ha permitido aplicarse como método de comprensión y esclarecimiento de la verdad. De esta manera, bastantes filósofos han podido ver claro, adoptar y aplicar la hermenéutica analógica en sus distintas áreas. Por ejemplo en el ámbito educativo, en la epistemología, en cuestiones de filosofía del derecho, en cuestiones sobre lenguaje, en los fundamentos ontológicos, en la política, en la historia y, en este caso, la ciencia, etc. Esto significa que la hermenéutica analógica permite aplicarse universalmente, revisar problemas filosóficos griegos o antiguos y poder, por medio de la analogía, encontrar un camino medio que nos permite el esclarecimiento del problema y, al mismo tiempo, la comprensión del mismo. Es el caso de la virtud de la prudencia propuesta por Aristóteles y retomada y estudiada por Beuchot como la encarnación misma de la mediación. La *phrónesis* como la virtud que nos permite

la concreción del término medio y la realización del hermenéuta analógico. Así mismo, se puede estudiar cualquier propuesta ética, ontológica o epistemológica pensada por algún autor y la hermenéutica analógica nos ayuda en la correcta o adecuada interpretación de la problemática planteada en ese contexto. De igual manera, la hermenéutica analógica se puede aplicar en el esclarecimiento de algún problema filosófico moderno o contemporáneo. Además logra constituirse como un camino adecuado, ya que permite el diálogo y pone límites en la interpretación de cualquier situación, problema o figura retórica que se esté aclarando.

La hermenéutica analógica reconoce la relatividad y la polisemia que se da en la tarea interpretativa. Así, prudentemente respeta las posturas pero al mismo tiempo las limita cuando las diferencia, para poder posteriormente llegar al consenso y dar la interpretación adecuada que nos lleve a la comprensión.

La hermenéutica analógica atiende al problema de la interpretación y a la necesidad de que ésta cumpla sus propósitos y, sobre todo, a la necesidad de responder al problema de la validez. La analogía nos aproxima a lo que verdaderamente es eso que queremos desentrañar. Porque mediante ésta se revisan las semejanzas y se pone acento en las diferencias.

El modelo hermenéutico analógico es la solución ante el problema del relativismo absoluto, cuando se creen válidas todas las interpretaciones que nacen de un texto polisémico. Y el otro extremo es el unívoco, el cual, de hecho, cancelaría la actividad hermenéutica al no haber polisemia en el texto. Por tanto, para que sea posible la hermenéutica y ésta no caiga en equivocismos, es necesaria la analogía. “Lo análogo tiene un margen de variabilidad significativa que le impide reducirse a lo unívoco pero que también le impide dispersarse en la equivocidad” (Beuchot, 2002: 25).

Lo análogo, aunque tiende a la diversidad, respeta la diferencia. “Es cierta conciencia de que lo que en verdad se da es diversidad de significado, diversidad de interpretaciones; pero no es renuncia a un algo de uniformidad, de conveniencia en algo estable y reconocible, por gracia de lo cual no se pierde la posibilidad de un conocimiento racional” (Beuchot, 2002: 52).

Se trata de salvaguardar las diferencias en el margen de cierta unidad. “Las diferencias son lo principal, y la unidad es solamente proporcional” (Beuchot, 2004: 13). Pero, al fin y al cabo, la analogía ayuda a relacionar y estructurar a partir de lo semejante y lo diferente cuando se quiere interpretar y comprender algún texto. Lo que interesaría destacar aquí es que la palabra analogía implica proporción. Y justamente la proporcionalidad¹ de la analogía ayuda a respetar las diferencias, evita caer en los extremos interpretativos y permite llegar a una universalidad proporcional por medio del diálogo.

¹ Se ha clasificado a la analogía en tres clases: analogía de desigualdad, analogía de atribución y analogía de proporcionalidad. La última clase es la más propia y constituye el modo más perfecto de la analogía (Cf. Beuchot, 2004: 14-20).

“La analogía se presenta sobre todo como procedimiento que opera en un contexto dialógico o de diálogo, ya que sólo a través de la discusión que obliga a distinguir se captan la semejanza y, sobre todo, las diferencias” (Beuchot, 1999: 13). La analogía alberga en su seno a la metonimia y a la metáfora. La metonimia “es el paso de los efectos a las causas, de las partes o fragmentos al todo, o de los individuos a los universales”, en tanto que la metáfora “es la translación de sentidos y referencias” (Beuchot, 1999: 18-19).

3. CONCLUSIONES

La ciencia requiere del trabajo interpretativo que le da la hermenéutica para poder llegar a la elucidación de la verdad, la cual no necesariamente está manifestada meramente en las ciencias exactas. También las ciencias humanas sobre todo requieren de un trabajo interpretativo para poder llegar a la comprensión del sujeto, de sus relaciones con los otros y del conocimiento de la naturaleza.

El mundo, el ser humano y la comprensión de ambos constituye un espectro amplísimo de conocimiento, por lo que el individuo, como científico e investigador, necesita de una hermenéutica que le permita llegar al acto de la comprensión evitando los dos extremos interpretativos: el univocismo y el equivocismo, y así acceder a la correcta y adecuada verdad. La hermenéutica analógica, a través de la prudencia interpretativa, puede guiar al investigador tanto de las ciencias exactas como de las ciencias humanas, en el interesante y difícil sendero de la búsqueda de la verdad y la objetividad.

Mauricio Beuchot propone este método hermenéutico para la elucidación, subrayando enfáticamente una teoría de la verdad como correspondencia con la realidad. La hermenéutica analógica permite este análisis de la verdad para evitar ver la verdad como un corresponder unívocamente a un estado de cosas o a un hecho, sino a la apertura de un mundo multívoco. La experiencia hermenéutica nos abre un panorama más amplio de la verdad, lo que nos lleva a una comprensión más clara tanto en las ciencias exactas como en las ciencias humanas.

En cuanto al problema de la objetividad y subjetividad, analizado desde la hermenéutica analógica, lo que Beuchot afirma es que habría que rescatar la intención del autor del texto para entender qué quiso decir el autor. Esto nos lleva a observar que hay distintos tipos de texto y, dependiendo de ellos, es la intención que se resaltarán en un análisis hermenéutico. Por ejemplo, en un texto científico seguramente la intención del autor es que se le interprete literalmente, ya que lo que está planteando a veces no tiene polisemia o un sentido multívoco; por su parte, un poeta tendrá la intención de que se le interprete alegórica o metafórica o simbólicamente; finalmente, un texto jurídico tendrá la intención de ser interpretado como un texto literal, como un testamento.

Habría que analizar las intenciones tanto del autor como del intérprete del texto para poder esclarecer la objetividad del mismo, ya que muchas veces ambas intencionalidades no coinciden, y por eso no se interpreta correctamente y por lo tanto no se llega a la verdad. Concretamente, si sólo se observa y analiza la intencionalidad del autor resultará una hermenéutica objetivista, y si enfocamos la comprensión hacia la intención del lector surgirá una interpretación o hermenéutica subjetivista. Y como tanto el autor del texto como el lector tienen contextos, formaciones, intenciones, sentimientos, razonamientos diferentes... entonces efectivamente se vuelve la tarea interpretativa una misión imposible. ¿Cómo encontrar, entonces, la verdad en un texto?

Precisamente la hermenéutica analógica propone el término medio, a través de la prudencia, que es la virtud más perfecta por su gran equilibrio. El hermeneuta media entre la objetividad y la subjetividad para encontrar una postura intermedia en la interpretación. Esto es, el lector haciendo consciente su contexto y su intencionalidad, intenta no mezclarlo con la intencionalidad del autor, para poder ser más objetivo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

- Beuchot, M. (2002). *Perfiles esenciales de la hermenéutica*. México: UNAM.
- Beuchot, M. (2009). *Tratado de hermenéutica analógica*. México: Itaca-UNAM.
- Beuchot, M. (2004). *Hermenéutica, analogía y símbolo*. México: Herder.
- Beuchot, M. (1999). *Las caras del símbolo: el ícono y el ídolo*. Madrid: Caparrós Editores.
- Beuchot, M. (2014). *La huella analógica del caminar humano*. Madrid: Acci (Asociación cultural y científica iberoamericana).
- De la Garza, E. (1988). *Hacia una metodología de la reconstrucción. El positivismo: polémica y crisis. Fundamentos*. México: UAM- I. Disponible en: www.izt.uam.mx/sotraem/bibliotercer/metorecon.pdf. Consultado: 7 de julio de 2017.
- Hernández, F. J. y Salgado, S. (2010-2011). *La filosofía de Descartes. Duererías, Cuadernos de Filosofía*. Disponible en: <http://guindo.pntic.mec.es/ssag0007/filosofica/Descartes.pdf>. Consultado: 10 de julio de 2017.

Yegres Mago, A. (2015). Filosofía, Ilustración y Romanticismo. *Revista de Investigación*, 86 (39): 11-38.

